

UN RECUERDO

POR RUBÉN LAS HAYAS

Vamos ascendiendo. Es mediodía y el sol implacable cae sobre nosotros como si fuera plomo; caminamos con la boca seca por la sed y sin embargo debemos estar cerca de la fuente por las referencias que nos han dado.

Oiréis ruido de agua que cae desde una pequeña altura, nos han dicho, y allí al lado tenéis una fuente de agua fresquísima como en pocos sitios encontraréis.

¡Escuchad!, se oye ruido de agua.

Aceleramos el paso disponiéndonos a quitarnos las mochilas en cuanto encontremos el manantial. ¡Ahí está!, y despojándonos de la carga nos disponemos a saciar nuestra sed y refrescarnos un poco.

De momento hemos apagado la sed y sentados junto a la fuente a la sombra de unos árboles descansamos. Es un manantial de agua clara y ciertamente muy fresca. Le han rodeado cuidadosamente con una presa de piedra y cemento, obligando al agua a salir por un estrecho tubo, haciendo así más cómodo el beber.

En este momento recordamos la cantidad de manantiales y fuentes que se hallan olvidadas por nuestros montes sin ningún cuidado, cuando cuesta tan poco arreglarlo y tanto agradecemos encontrarlos con ellas.

Bebemos por última vez, y reanudamos la marcha. El sol se diría que azota ahora más fuerte y el caminar se nos hace más penoso.

Después de tres horas andando, pensamos en buscar un buen sitio para acampar, pues esta zona es la señalada en nuestro itinerario para acampar el octavo día. Hemos divisado un caserío. Es grande, y posee todas las características del típico caserío vasco. A él nos dirigimos por si nos pueden indicar algún lugar donde acampar y comer, pues nuestro estómago protesta por el descuido en que se le tiene.

Señalan nuestra presencia los ladridos de un perro, y los pollos y gallinas se reítran corriendo, casi volando, de nuestro paso. En el umbral de la puerta aparece la figura de una mujer entrada en años, enjuta, de estatura normal y rostro amable.

La saludamos y casi instintivamente la preguntamos si podemos beber de la fuente que hay junto a la fachada, pero ella amablemente y alegando que no estará fresca, nos ofrece una botella de sidra la cual aceptamos muy agradecidos.

Nos encontramos ahora sentados; yo en el banco de piedra que hay contra la fachada y mis dos compañeros en unos maderos de la entrada, estando

recostada ella sobre el quicio de la puerta. Hemos empezado dando a conocer nuestra procedencia y hablando de Bilbao, hace muchos años que estuvo allí y le gusta recordar.

—La primera vez que estuve en Bilbao, fué de soltera —nos dice— y luego volví dos veces estando ya casada.

Parece como si tuviera necesidad de hablar con alguien, de romper ese mutismo que encierra la mayor parte de su vida en este caserío solitario.

En su conversación se va dibujando la personalidad de una mujer fuerte, buena, trabajadora, cristiana. Ha tenido doce hijos y sólo el pequeño vive con ella, todos los demás están viviendo en la ciudad, a la cual se empeñan en llevarla a vivir; pero ella no se puede despegar de aquel pedazo de tierra y de aquella casa que encierra tantos momentos felices y también amargos, y por ello seguirá viviendo y trabajando en su caserío.

La conversación nos ha entretenido tanto, que ya casi habíamos olvidado el estómago. La preguntamos por si nos puede orientar, y nos dice que a una hora aproximadamente de camino ha visto alguna vez montañeros acampados, pero que nos quedemos a comer en su casa y luego por la tarde cuando el sol no caliente tanto, reanudemos la marcha.

Aceptamos y penetramos hasta la cocina; no nos deja hacernos la comida a nosotros y ella misma se encarga de preparárnosla. Después mientras nosotros comemos nos desea buen provecho y se va a acostar, pues según nos dice, siempre echa la siesta.

Nos quedamos en silencio, admirados por la confianza que aquella mujer ha depositado en nosotros, unos desconocidos para ella, y después de comer fregamos los platos que hemos usado y salimos a la puerta a descansar.

Son ya las seis de la tarde cuando nos despedimos de ella; echamos las mochilas a la espalda y tras la última mirada al paisaje verde y montañoso de Guipúzcoa, que desde allí se divisa, iniciamos la marcha.

Ya hemos perdido de vista el caserío, pero la figura de aquella mujer está presente en nosotros, su hospitalidad nos ha ganado y aunque su aspecto físico se borre en nosotros, nunca podremos olvidar su gesto.

No tardamos mucho en dar con el lugar señalado y preparamos la tienda.

Ahora, ya de noche, reunidos alrededor del fuego, comentando las incidencias de la jornada, no podemos por menos que dedicar este recuerdo a esa mujer, vivo retrato de lo que siempre nos ha gustado encontrar en nuestras andanzas por la montaña, y que por desgracia no siempre encontramos.